

Textos de la Eucaristía del Domingo

Primera lectura: Hch 8,5-8.14-17

Felipe bajó a la ciudad de Samaría y estuvo allí predicando a Cristo. La gente escuchaba con aprobación las palabras de Felipe y contemplaba los prodigios que realizaba. Pues de muchos poseídos salían los espíritus inmundos, dando grandes voces, y muchos paralíticos y cojos quedaron curados. Y hubo gran alegría en aquella ciudad.

Los apóstoles, que estaban en Jerusalén, oyeron que los habitantes de Samaría habían recibido la palabra de Dios, y les enviaron a Pedro y a Juan. Estos bajaron y oraron por ellos, para que recibieran el Espíritu Santo, pues aún no había venido sobre ninguno de ellos; sólo habían recibido el bautismo en el nombre de Jesús, el Señor. Entonces les impusieron las manos, y recibieron el Espíritu Santo.

Salmo responsorial: Sal 65,1-7.16.20

R. Aclamad al Señor, tierra entera.

Aclama a Dios, tierra entera,
tocad en su honor, alabad su gloria,
decid a Dios: «¡Qué admirables son tus obras!».
Que se postre ante ti la tierra entera,
que toquen para ti, que toquen en tu honor.
Venid a ver lo que ha hecho Dios,
sus hazañas en favor de los hombres:
trocó el mar en tierra seca, por el río cruzaron a pie;
por eso, que él sea nuestra alegría.
El gobierna con su poder eternamente.
Venid a escuchar, los que sois fieles a Dios,
y os contaré lo que hizo conmigo.
¡Bendito sea Dios, que no ha desatendido mi súplica
ni me ha retirado su amor!

R. Aclamad al Señor, tierra entera.

Segunda lectura: 1 Pe 3,15-18

Dad gloria a Cristo, el Señor, y estad siempre dispuestos a dar razón de vuestra esperanza a todo el que os pida explicaciones. Hacedlo, sin embargo, con dulzura y respeto, como quien tiene limpia la conciencia. Así, quienes hablan mal de vuestro buen comportamiento como cristianos, se

avergonzarán de sus calumnias. Pues es preferible sufrir por hacer el bien, si así lo quiere Dios, que por hacer el mal.

También Cristo padeció una sola vez por los pecados, el inocente por los culpables, para conducirnos a Dios. En cuanto hombre sufrió la muerte, pero fue devuelto a la vida por el Espíritu.

Evangelio: Jn 14,15-21

Si me amáis, cumpliréis mis mandamientos; y yo rogaré al Padre para que os envíe otro Paráclito, para que esté siempre con vosotros. Es el Espíritu de la verdad que no puede recibir el mundo, porque ni lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis porque vive en vosotros y está en vosotros. No os dejaré huérfanos; volveré a estar con vosotros. El mundo dejará de verme dentro de poco; vosotros, en cambio, seguiréis viéndome, porque yo vivo y vosotros también viviréis. Cuando llegue ese momento, comprenderéis que yo estoy en mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros. El que acepta mis preceptos y los pone en práctica, ése me ama de verdad; y el que me ama será amado por mi Padre. También yo lo amaré y me manifestaré a él.



Reflexión : Del libro “ Seguir a Jesús en la vida Ordinaria “ de Javier Garrido

1. Situación

Los discursos de la Cena, llamados también de «despedida», nos sitúan en el corazón de la vida pascual: el don del Espíritu Santo, que nos recrea en lo más íntimo y nos hace vivir la vida del Resucitado, la vida teologal.

Pregúntate así, sin más preámbulos: ¿Te atreves a desear o, al menos, a pensar que estás llamado a ser un místico?

No pienses en cosas raras, sino en experimentar tú, precisamente tú, la vida del discípulo tal como la describe Jesús en Jn14-17.

¿Qué sientes al hacerte esa pregunta?

— ¿Identificación y deseo? ¿De dónde nace ese deseo? Quizá despertaste al sentido de la vida desde la experiencia de relación con Dios, y, lógicamente, permanece como anhelo.

¿Qué te ha enseñado la vida sobre esos deseos?

¿Vértigo, miedo a un mundo desconocido? Tú has sido, quizá, mucho más normal en tus sueños y proyectos. Pero tal vez comienzas a estar desconcertado, porque Dios te está metiendo, imperceptiblemente, en horizontes insospechados de vida interior.

¿O prescindes de estas cuestiones, porque das por respuesta que la mística es para gente rara o muy especial?

2. Contemplación

Los *Hechos*: También a los samaritanos se les concede el Espíritu Santo. Para que no pienses que la plenitud de la vida teologal es para una minoría selecta.

El salmo celebra el poder de Dios. ¡Qué mal pensamos de Dios cuando creemos que no puede hacer maravillas con nuestra pequeñez!

El *Evangelio* insiste en la comunión entre Jesús y el discípulo, obra del Espíritu Santo. Se trata de una relación única: conocimiento íntimo, pero inobjetivable; es experiencia de vida nueva, pero no puedo disponer de ella, sino sólo recibirla; consiste en amar a Jesús, pero la verdad de este amor está en cumplir su mandamiento, el amor al prójimo. Esta comunión con Jesús es la máxima alegría del Padre. Está dada, y es inagotable; iniciada con la Resurrección, abarca la eternidad.

3. Reflexión

Un buen test de la calidad de nuestra vida teologal es confrontar nuestra experiencia espiritual y los discursos de la Cena.

Si te parecen muy bonitos, pero «música celestial», todavía no has descubierto lo mejor.

Nunca terminaremos de personalizar esa Palabra. A ella han vuelto siempre, como referencia esencial, nuestros místicos.

Sin embargo, es importante que percibas dentro de ti aquellas experiencias que conectan directamente con esa vida pascual del discípulo. Se dan en la mayoría de los creyentes que han hecho un cierto proceso de liberación interior; pero no saben valorarlas. Lo peor de todo es que tienen miedo a darles paso:

— Ese poner tu vida, confiadamente, en manos de Jesús, y experimentar que pierdes miedo al futuro, al riesgo, al sufrimiento.

— Descubrir que la vida crece «de dentro afuera», no por cumplimiento de normas ni por esfuerzos de voluntad.

Haber cambiado de mirada en tu relación con el prójimo, de modo que ahora ya no piensas en los demás por justificar tu vida ni por impulsos de compasión, sino porque sientes que tu vida no te pertenece.

Sabiduría para concentrar tus energías en lo esencial, el amor, de modo que todo lo que haces, oración y acción, trabajar y perder el tiempo, se unen en tu corazón.

Esa ternura agradecida ante Dios y ante la vida, como subsuelo en que se asienta la actitud básica de la existencia.

¿Que todo esto es sólo inicial? Sin duda. Con todo, ¿no ves que has recibido el Espíritu Santo para que esa vida se despliegue? Tus miedos y tus cálculos se resisten a dejar que la Vida te crezca. El Espíritu es el Defensor, y El se encarga de salir a favor del Don de Dios. Confía, y El te irá fortaleciendo por dentro, suavemente, como quien nada hace. La obra de Dios suele ser pacífica, con la Violencia liberadora del amor.

4. Praxis

Que alguna frase de los discursos de la Cena vaya resonándote durante el día, en medio de tus quehaceres.

Yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros.

TEXTO DE FRANCISCO: Carta a los Fieles (2CtaF 48-56)

«⁴⁸Y *sobre* todos ellos y ellas, mientras hagan tales cosas y perseveren hasta el fin, *descansará el espíritu del Señor* (Is 11,2) y hará en ellos habitación y *morada* (cf. Jn 14,23). ⁴⁹Y serán hijos del Padre celestial (cf. Mt 5,45), cuyas obras hacen. ⁵⁰Y son esposos, hermanos y madres de nuestro Señor Jesucristo (cf. Mt 12,50). ⁵¹Somos esposos cuando, por el Espíritu Santo, el alma fiel se une a Jesucristo. ⁵²Somos ciertamente hermanos cuando hacemos *la voluntad de su Padre, que está en el cielo* (cf. Mt 12,50); ⁵³madres, cuando lo llevamos en nuestro corazón y en nuestro cuerpo (cf. 1 Cor 6,20), por el amor y por una conciencia pura y sincera; y lo damos a luz por medio de obras santas, que deben iluminar a los otros como ejemplo (cf. Mt 5,16).

»⁵⁴ ¡Oh cuán glorioso y santo y grande, tener un Padre en los cielos! ⁵⁵ ¡Oh cuán santo, consolador, bello y admirable, tener un esposo! ⁵⁶ ¡Oh cuán santo y cuán amado, placentero, humilde, pacífico, dulce, amable y sobre todas las cosas deseable, tener un tal hermano y un tal hijo!, que dio su vida por sus ovejas (cf. Jn 10,15) y oró al Padre por nosotros diciendo: *Padre santo, guarda en tu nombre a los que me has dado* (Jn 17,11)»